

MÀXIM HUERTA

LA PARTE ESCONDIDA DEL ICEBERG



ESPASA  NARRATIVA

© Màxim Huerta Hernández, 2017
© Espasa Libros S. L. U., 2017

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño
Imagen de cubierta: © Pascal Grob

Por la reproducción de fragmentos de *París era una fiesta*, de Ernest Hemingway, traducción de Gabriel Ferrater, © 1964, Ernest Hemingway, Ltd., renovado © 1992, John H. Hemingway, Patrick Hemingway y Gregory Hemingway. Edición restaurada © 2009, Hemingway Copyright Owners
Licencia editorial otorgada por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Por la reproducción de un fragmento de *Sobre París*, de Ernest Hemingway, traducción de Clara Pastor, © 2012, Editorial Elba
Por la reproducción de fragmentos de *El peatón de París*, de Léon-Paul Fargue, traducción de Regina López Muñoz, © 2014, Errata Naturae

El editor quiere agradecer las autorizaciones recibidas para reproducir los fragmentos de obras protegidas que se citan en este libro. Se han realizado todos los esfuerzos para contactar con los propietarios de los *copyrights*. Con todo, si no se ha conseguido la autorización, o el crédito no ha sido reflejado de forma correcta, el editor ruega que le sea comunicado para corregirlo en ediciones posteriores.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.177-2017
ISBN: 978-84-670-4774-5

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Espasa Libros S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

—*Est-ce que je suis trop envahissante?*
—*Terriblement, lorsque tu n'es pas l'.*

[—¿Crees que soy demasiado invasiva?
—Horriblemente, sobre todo cuando no estás.]

ROMAIN GARY, *Clair de femme*

1

Se cuenta la historia de una mujer de Estados Unidos que no puede pasar página. Jill Price no puede olvidar. Su primer recuerdo nítido se remonta a los dos años, en la cuna, cuando se sobresaltó por los ladridos del perro de su tío. Desde los ocho retiene cada momento de su vida. Los médicos que la han estudiado dicen que su memoria prodigiosa no le deja descansar, es imparable, incontrollable y automática. «Los médicos lo llaman don; yo, tormento», dice la mujer.

Noche tras noche pienso en ella. Con cincuenta y un años, Jill vive angustiada por el pasado. No goza de la paz que da el olvido y en su cabeza se juntan todos los recuerdos por insustanciales que fueran. Recuerda el sabor de las comidas, las horas en las que cogió los aviones en los que ha viajado, los olores de las flores, el tiempo que ha hecho durante todos los días y la temperatura que marcó el termómetro... Pero también recuerda perfectamente el primer beso.

La necesidad de escribir nace de todo eso. ¿Me habré convertido en una especie de Jill Price que almacena recuerdos incapaz de poder crear unos nuevos? El neurocientífico Richard Morris dice que «olvidar es crucial para recordar. Si no tiramos los periódicos viejos, es difícil pensar con fluidez».

La rareza de Jill Price ha estado conmigo durante muchas noches. Me resulta una mujer fascinante en su dolor y

en su capacidad para recordar todo y no ser capaz de olvidar nada, un personaje real y ficticio al mismo tiempo. Una mujer aparentemente normal que no destacó especialmente en la escuela, que suspendía geometría y le costaba memorizar historia, ciencias y palabras nuevas de un idioma extranjero. Yo me recuerdo en la cocina de mi madre, en mi pueblo, sentado frente a ella, recitándole una y otra vez un poema de Antonio Machado que era incapaz de memorizar y que me había encargado don Melchor para la clase final. La lavadora centrifugaba con fuerza, creo que golpeaba la pared del fregadero, la cafetera pitaba junto con la olla, mi madre me miraba condescendiente con amor eterno y yo vomitaba versos que no entendía. Era un niño estudioso, formal y temeroso. El poema me producía un poco de angustia. Me daba miedo. Lloraba de impotencia y apretaba las muelas para tragarme aquella retahíla de palabras oscuras. Así se sucedieron los días en aquella cocina de formica y azulejos marrones, infeliz ante la desesperación y constante ante el reto de niño.

Y sucedió. Lo memoricé. Se quedó aquí, para siempre, y muchas veces lo digo sin venir a cuento, como los locos: «La España de charanga y pandereta, / cerrado y sacristía, / devota de Frascuelo y de María, / de espíritu burlón y de alma quieta, / ha de tener su mármol y su día, / su infalible mañana y su poeta...». Ignoro cómo fue el recital en aquella EGB de pueblo, supongo que nerviosísimo, pero la realidad es que de aquel recuerdo sólo me queda mi madre, el suplicio en la cocina —refugio de mi vida entonces— y el poema. Supongo que no hubo éxito ni aplausos, que cada uno recitó su texto, abrió mucho los brazos como se hacía para escenificar y se volvió a casa. El mañana efímero, qué cosas. Estos versos de Machado son siempre citados como ejemplo de compromiso social y moral, y sin duda lo son. Pero yo no olvido que, durante años, fueron para mí el símbolo del dolor frente a una clase. Para mí el

famoso poema del escritor no es una descripción de una España llena de imperfecciones, retrata mis años en aquella cocina de azulejos, humos y silencio. Seguramente en lo que tenía razón Machado, sin yo saberlo entonces, es que mi mañana también era efímero en un pueblo de Valencia.

¿Cómo seleccionamos los recuerdos? Por qué algunos se quedan para siempre en nuestra cabeza y en nuestra almohada como tormento.

La prodigiosa Jill es una rareza, pero me pregunto cuántas Jills hay entre nosotros, cuántos acumuladores de datos, coleccionistas de recuerdos, paracaidistas de la memoria han podido caminar por nuestras calles sin que se hagan públicos como el caso de Jill Price.

No lo sé explicar, pero ayer, en la indefensión extrema de la noche, mientras daba vueltas en la cama, comprendí la importancia de los recuerdos. Algunos se quedan para siempre, otros se evaporan en parte, muchos los tenemos encerrados en la nevera por miedo al deshielo, otros, encarcelados como rehenes. Y luego están las fotos. Pero las imágenes en papel son hojas muertas, por mucho que las conserves. De hecho, de los recuerdos más importantes no hay prueba física, y si la hay, tiene poco valor. El caso es que era incapaz de volver a conciliar el sueño y me relamía en las heridas de una vieja historia de amor. Encendí la lamparita. Me incorporé en la cama. De pronto se me ocurrió volver a enviar un mensaje. Bebí agua. Fui al baño. Pasaron las horas. El recuerdo es un mosquito envidioso que da vueltas por la habitación y consigue picarte. Y eso es lo que te da miedo: que vuelva. Terminé por dormirme abrazado a la almohada, reventado de sueño, con dolor de cuello y agarrotado de tanto pensarte.

¿Soy yo uno de esos que recuerda perfectamente cómo te desperezabas por las mañanas, de qué manera recorrías

tus párpados con los dedos para provocarte lágrimas, cómo te rascabas la oreja en el hombro, cómo crujían tus nudillos al apretarlos y cómo era tu silueta en el balcón desde el que mirabas el día, pero incapaz de hacer raíces cuadradas o recordar afluentes?

Pensar, pensar, pensar.

Olvidar, olvidar, olvidar.

La noche que nos conocimos supe que, además de amarte, también tendría que olvidarte.

Te parece conmovedor, ¿verdad? Me resulta asfixiante empezar a escribir, pero si no lo hago vas a convertirme en la mayor hernia de hiato que existe de tanto recordarte. Sube y baja tu recuerdo como la comida por mi esófago incapaz de digerirte.

Así llevas años, atragantando mi vida diaria, como si formarás parte de una casa en la que no vives, de una cama en la que no duermes y de un sofá en el que ya no lees. Andas paseándote con la misma salacidad que en su día por los pasillos y frente al espejo de la entrada en el que te mirabas sin ropa, pero esta vez no puedo tocarte. Lo único que queda es mi reflejo buscando el tuyo, el mismo que miraba tu jactancia ante la belleza. No estás. Y, sin embargo, te veo. O te presiento, que es peor. Porque apareces como una deidad en los primeros rezos, cada vez que te pienso. Abro la nevera y siento que me abrazas con el frío en la cara, me calzo y apareces sobre mi hombro para mordirme la oreja, me ducho y me alcanzas la toalla. Y cuando olvido las llaves dentro de casa, vuelvo a pensar que las llevas tú. Que-no-pasa-nada.

Hoy me han dado cita para una endoscopia con sedación, que es lo que más me gusta del mundo después de los higos en verano y el chocolate en invierno. Ya llevo varias colonoscopias y las alternan con las endoscopias para ver qué parte tengo mejor, si la de llegada o la de salida. Hace muchos años, una vidente me dijo que el corazón yo lo

tenía en las tripas. Sus palabras me impresionaron porque pensé que hablaba de emociones. Y así era. Ando con hernia de hiato, diverticulitis y tu recuerdo atravesado en esa parte que divide el cuerpo como si fueras la grapa de las libretas que compro para mis anotaciones.

Pero este no es un libro sobre medicina aunque tenga cita con el médico para sedarme y hurgarme. Cuando me pincha en la vena de la mano, introduce la vía de plástico para el gotero y entro en ese sueño en el que me abandono, pienso siempre que digo tu nombre entre dientes. Pero confío en que ese tubo que recorre mi boca hasta las tripas haga imposible que se entienda lo que digo. Esto es más conmovedor, ¿verdad?

No sé en qué momento puse la primera palabra. A lo mejor, el día en el que nos dijimos adiós. Luego ha ido creciendo como la hiedra por las paredes de mi tapia, hoja a hoja, buscando el sol, la hoja en blanco y tu recuerdo. Te confieso que no debería dedicarte ni la más mínima palabra de este libro, pero es inevitable. ERES inevitable.

(O recuerdas u olvidas, pienso. O recuerdas u olvidas).

Unos arqueólogos han encontrado el cadáver de una momia envuelta en lino y guardada por dos ataúdes de madera de cedro del Líbano. Los egiptólogos españoles dan más detalles: la momia es una gran dama de finales de la dinastía XII enterrada al final de un pozo de la colina de Qubbet el Hawa, en la sureña ciudad de Asuán. La difunta estaba ubicada junto a un basurero de cerámicas coptas. «Se conserva de manera espectacular», según los investigadores.

No saben estos cómo conservo yo TUS restos. El estado de mi memoria es arqueología del amor, el apego que tengo a tu vacío tan presente está en esa parte de la cama en la que nunca duermo. Ya hablaré de eso.

Yo estaba escribiendo otra novela. En el bloc de Austral tenía ya todas las notas para empezar a componer la trama. Había organizado los personajes, las ciudades y el desarrollo final de un joven aprendiz del taller de Gepetto, hacedor de marionetas. *Pinocho* ha sido siempre mi cuento preferido —tal vez porque el muñeco lo conservo desde niño mordisqueado por la nariz— y pretendía ahora recrear otra historia con los mismos mimbres. Escribí varios capítulos y durante todo el desarrollo tenía el recuerdo de la *Caperucita* de Martín Gaité o *El verdadero final de la Bella Durmiente* de Ana María Matute. Nunca he abandonado una novela, al revés, cuando he tenido ideas, las he ido incorporando porque he creído que el proceso creativo lo pedía. Los diálogos de mi hacedor de marionetas me gustaban, el muchacho que mentía, los hilos que intentaban dirigirlo otra vez inerte, la fantasía de crear un ser casi humano de madera, la tentación de conducir otra vida y, sobre todo, la posibilidad de mentir. Esa novela no podía crecer. Quién sabe. Tal vez más adelante. Pero si mi personaje era capaz de mentir, yo no. Guardé los folios en los que hago correcciones, plegué la libreta de Austral roja y me abandoné a mi mentira. Puedo mentirles a los demás, pero a mí no. Es la cosa más absurda que existe. Y tras largas dudas, VOLVÍ A TI. Y no era por el afán de hablar de un recuerdo que no cesa, sino por ser verdaderamente el hacedor de marionetas. Yo mismo me iba a dejar llevar por el texto conducido por los hilos de la escritura. Le di la vuelta al guion. De modo que todo este horizonte que atisbas, querido lector, es el escenario real de una historia que no está escrita con personajes. He guardado los decorados, he doblado los tapices, he quitado introducción, he eliminado teatro y me muestro atravesado por el lapicero con el que siempre hago mis notas. Quiero pensar que si no soy capaz, podré volver a ponerme la máscara del personaje de esa carpintería y desesperar en voz ajena. Pero se lo dije

a mi pequeño personaje incompleto, no puedo pasar ni una página más sin desempolvar aquella historia mía que, como si fuera un familiar de esa tal Jill Price de Estados Unidos, me tiene incapaz de olvidar y, por lo tanto, incapaz de crear nuevos recuerdos.

Leí su entrevista varias veces. Jill Price no goza de la paz que da el olvido.

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido»... El quimérico olvido.

Escribo esto desde Le Refuge, un café de la rue Lamarck de París en el que quedaba un solo cruasán. Obviamente, era mío, como mía ha sido la mesa de la ventana. Las busco siempre así, mesas pegadas a la calle para repasar las caras extrañas y ejercitar la ausencia en los desconocidos. Pasa la gente anónima en direcciones opuestas, esquivándose y mirando sus teléfonos. Salen y entran hacia la boca del metro. Un señor pide. Desaparece. Un joven desenreda la cadena de su bici junto a la farola. El kiosco anuncia noticias. Titulares que son menores frente a mi aflicción, gacetillas de actualidad que mañana serán caducas. Hay dolores que no acaban. Y de ese hablo. Escribo tu nombre, doblo la servilleta como si fuera un avión y vuelve a tropezar torpe en el ventanal. Caer en el mármol, desdoble el papel y,

ah, tus letras se ordenan mayúsculas mientras desordenan mi pasado minúsculo.

Aquí empiezo un recorrido en voluntaria soledad por los que son mis lugares de París. Haré un repaso por todo aquello que me gusta, ya que soy incapaz de olvidar, voy a escribirlo. Este libro será como una geografía de los sitios que me gustan y en los que me siento bien. París es un estado de ánimo, dije una vez. París es el único capaz de ayudarme en este propósito. Con la excusa que me da la escritura, voy a recordar (a volver a pasar por el corazón) todos aquellos lugares que visitamos. Temo que se convierta en una topografía del dolor.

De todo lo que he traído en la maleta, lo que más ocupa eres tú. Jamás pensé que tu recuerdo invadiera tanto espacio.

—¿Café *crème*? —dice el camarero mientras deja la taza junto a mi ordenador. Tiene un horrible corazón de esos que dibujan ahora en la espuma de la leche.

—Era café café —rectifico torpemente, buscando traducción al «café solo» que decimos en castellano y espantando la cursilada que tengo frente a mí—. Un café *espresso*. Doble, si puede ser. Doble *espresso*.

—*Espresso*, bien —responde con disgusto, intentando recoger la taza del corazón—. Me lo llevo, no importa.

—Que lo deje.

—¿Cómo?

—Lo puede dejar.

—¿Espera a alguien?

—...

—No hay problema. Disculpe. Le traigo su café *espresso*.

—El corazón no se lo lleve —murmullo sin eco mientras el camarero se cuela hacia la barra y pone en marcha el café.

Luego dirás que las cosas pasan en las novelas y tendrás razón, lector. Pero me quedo mirando la taza y ese corazón que le habría gustado y que a mí me escuece, como

si el guion de nuestra vida lo hicieran muchas veces los demás. ¿Lo ves? Debí seguir con la novela del hacedor de marionetas. Los hilos visibles de un títere son de fiar, los invisibles de la vida nos inquietan porque no sabemos quién los maneja.

—Su *espresso* —anuncia el camarero dejando la taza a mi lado.

—*Merci*.

Mi taza es negra y no tiene corazón.

Lo que tiene Jill Price se llama hipertimesia, del griego *hyper*, superior a lo normal, y *thymesia*, recordar. La revista especializada *Neurocase* habló de este caso, aunque Jill tuvo que esconderse tras las iniciales «A. J.». Los investigadores se preocuparon de su mente, sorprendidos por esa memoria autobiográfica extraordinaria que le permitía recordar su vida casi entera. Aparentemente, dijeron, el cerebro de Jill funcionaba de una manera totalmente diferente a lo conocido. Aparentemente es un matiz terrible. Yo la miro en esa foto que apareció en la prensa cuando su caso saltó a los periódicos nacionales y de allí a la televisión. Jill fue entrevistada en la cadena NPR y, a partir de ahí, se convirtió en un fenómeno mediático, apareciendo en los programas más importantes de la televisión norteamericana. En la foto, la mujer se muestra tras una ventana y su cortina, o se esconde, y viste de negro, o de luto. Hay unas plantas secas que parece que no quiere regar y unas hortensias valientes que tapan parte de la fachada. Jill no sonríe, es como si acumulara todo en su cabeza. Como si al mirarte también te observara la niña y la adolescente que fue y se mezclara en los ojos de mujer adulta. Mira con pesadez. Parece sabiduría, pero intuyo cansancio. No poder despegarse jamás de los recuerdos debe de ser un drama inmenso. Se nota en su letra. He visto su diario y es un jeroglífico de letras desordenadas en un orden nervioso, como latigazos en el papel. Todo parece estar escrito como

arañazos de tinta, sin dejar espacio al aire, para que no se cuele o para que no se escape nada. A veces, mirándola, intuyo que se ha acostumbrado a vivir con todo.

Jill cuenta que a los ocho años, con la mudanza de su familia a Los Ángeles, empezó a notar los cambios en su cabeza. Reconoce que esta mudanza le supuso un trauma (todas lo son) y, sin quererlo, comenzó a obsesionarse con la vida que dejaba atrás. Comenzó a hacer listas de amigos y a pasar mucho tiempo mirando fotos de su antigua casa, pensando en el pasado.

Los expertos creen posible que un trauma así pudiera haber provocado cambios permanentes en el cerebro de una niña, como el de Jill Price. Sostiene ella que sus recuerdos comenzaron a hacerse claros, como si se iluminaran de pronto, a partir de la mudanza. Cuenta que con doce años, mientras estudiaba con su madre, se dio cuenta de que podía recordar muy vivamente los detalles del curso anterior y algunas fechas exactas. Pero no todo. Es a partir de 1980, a los catorce años de edad, cuando sus recuerdos comienzan a ser «automáticos».

La foto de Jill en su ventana, de perfil y sin querer salir a la calle es una radiografía de su estado de ánimo. Cuando la miro, intuyo la topografía del dolor, ese mapa de carreteras, montañas y afluentes en el que se desarrolla su vida almacenada. Lo único que me viene a la cabeza en este momento es el pequeño Maxi entrando al fondo de la cocina de su abuela donde había una despensa, separada por una cortina de cuadros, que escondía un gran arcón lleno de secretos. Secretos para un niño que escudriñaba entre las telas, las bolsas de llaves viejas y los jabones de aceite. Había postales pintadas, sellos, monedas de plata, pinzas, cajitas con termómetros para medir la temperatura del vino, alguna cerámica, trapos para la limpieza, primeras revistas, avíos de la casa y del campo, joyas... Bueno, a mí me parecían joyas y no puedo traicionar la fantasía del

niño que fui porque entonces habrá fallecido. Siempre me encantó aquella cocina y en alguna parte de mí mismo me sigue gustando. «¡Pero deja de buscar! —decía mi abuela—, no escudriñes». Pero yo no podía parar la imaginación infantil que me hacía creer que allí, en la negrura de los estantes, había algo más. Ese algo más indefinible, como la vaga pista de un tesoro que sabes que podrás encontrar. Incluso, si cierro los ojos, puedo recordar todo lo que allí había, porque muchas veces mi abuela me apagaba la luz para que saliera de la cámara. Los recuerdos también se me acumulan como a Jill Price y, como si fuera una mañana cualquiera de 1977, con mi madre fregando y mi abuela cocinando, vuelvo a repasar con el dedo de niño esa ranura casi imperceptible en el suelo de cemento que escondía bajo la alacena un viejo pozo que fue tapado con trastos y piedras al final de la cocina de la calle Eduardo Dato, 10. Mi madre decía que allí habían echado un montón de cosas de valor, como muebles y gramófonos. Me prometí abrirlo de mayor. Pero de mayor no cumples las promesas de niño.

Quién sabe, a lo mejor por eso siempre pongo cocinas en mis novelas, para seguir buscando los tesoros que allí revolvía de alguna manera. O para exorcizar las pesadumbres y otras historias que no citaré. Escribir es como hacer magia, no puedes mostrar el truco. La vida será lo que cuenten aunque deformes los recuerdos como los cristallitos de un caleidoscopio.

A los diez años, Jill Price comenzó a escribir un diario. Según los expertos, es un buen método para recordar más de cada día, no sólo porque crea un registro tangible que podemos revisar, sino porque obliga a reflexionar. Yo nunca lo he hecho. Sin embargo, en el caso de Jill, el diario se convirtió en una obsesión por «anotar las cosas» para sacarlas de su cabeza. Creía que escribiendo aliviaría su arcón de recuerdos y podría dar paso a los nuevos. No me tran-

quiliza pensar que no ha sido así en su caso, que escribiendo este libro no dejaré paso a otros recuerdos y que seguiré manteniendo el tuyo vivo.

Jill conservó el hábito hasta cumplir los treinta y cuatro, escribió cincuenta mil páginas de diario aunque rara vez revisó lo que había escrito. Supongo que pasó al ver que su objetivo, aliviar la cabeza y olvidar, no llegaba jamás.

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido».

«No goza de la paz que da el olvido»... El soñado olvido.